

Clase obrera maquiladora fronteriza e identidades difusas

Luis H. Méndez B.*

RESUMEN

Cuando un individuo o un colectivo social abandonan por la fuerza del hambre sus diferentes lugares de origen y se enfrentan a realidades inciertas creadas por una modernidad subordinada como la que se vive en la frontera norte de México, sus identidades sociales se debilitan, se hacen fluctuantes, difusas. Tal es el caso de los trabajadores de la industria maquiladora de exportación; la pérdida paulatina de sus tradiciones y su cotidiano enfrentamiento a una realidad ambigua que se transforma en fenómenos ambivalentes, híbridos, repercute directamente sobre su identidad: deja de ser lo que era y los procesos sociales en que se inserta le impiden ser lo que debiera. Por cuestiones de espacio, me veo obligado a reducir el análisis de la identidad del obrero de la maquila a la relación que establece con la organización sindical que supuestamente lo representa.

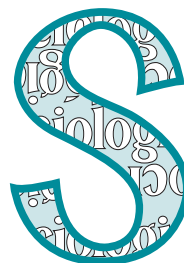
PALABRAS CLAVE: Frontera norte de México, industria maquiladora, clase obrera, identidades difusas.

ABSTRACT

When an individual or a social collective leave—due to hunger—their different places of origin and face the uncertain realities created by a subordinated modernity (such as the one in the northern border of Mexico), their social identities weaken and become diffuse. Such is the case of the *maquiladora* industry; the gradual loss of their traditions as well as their daily confrontation to an ambiguous reality that becomes ambivalent, directly affects their doomed identity and the social processes stop it from being what it should. Because of the lack of space, this article focuses more on the relationship of the worker with the union than on the worker himself.

KEY WORDS: Mexico northern border, *maquiladora* industry, working class, diffuse identities.

* Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Avenida San Pablo núm. 180, colonia Reynosa Tamaulipas, Azcapotzalco, 02200, México, D.F. Correo electrónico: belume45@aol.com



LOS PRESUPUESTOS

LA IDENTIDAD social es un concepto ambiguo que puede rastrearse lo mismo desde la óptica de Durkheim y su concepto de representaciones sociales, que desde la perspectiva marxista a través de la sistemática investigación de Agnes Heller sobre vida cotidiana, pasando por el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu, el de rutinización de Anthony Giddens, o la sugerente reflexión de Marc Augé sobre el sentido de los otros y los lugares del anonimato, meditaciones todas que, más directa que indirectamente, tocan dos importantes conceptos de la antropología que tienen que ver con el problema de la creación de identidades: *ethos* y cosmovisión.

Por supuesto, mi interés en el problema no se detiene en la reflexión teórica. Me importa en concreto determinar cómo se vuelven difusas las identidades sociales de las y los trabajadoras de la maquila, en un territorio simbólico fronterizo donde los fenómenos sociales están determinados por la ambigüedad y la ambivalencia.¹ Pretendo mostrar, desde este pedazo de realidad social, cómo el eje local-global que se construye a partir de la relación entre modernidad tardía y modernidad subordinada, tiende a debilitar las tradicionales formas de identidad social que otorgaban seguridades ontológicas al individuo.

Para lograr lo anterior, intento, en primer lugar, dar cuenta de cómo los habituales conceptos que durante largo tiempo nos han servido

¹ Me refiero en particular al híbrido laboral que resulta de las relaciones establecidas entre el obrero de la maquila, la nueva cultura de trabajo sustentada en los principios de la calidad total que organizan los procesos de producción maquiladores, y las arcaicas formas de representación sindical que existen en el territorio.

para hablar de identidades sociales hoy nos resultan poco útiles, al confrontarlos con las realidades que genera la nueva modernidad capitalista, la llamada sociedad del riesgo; en segundo lugar, me sirvo de varios trabajos de corte empírico, algunos testimoniales, que abarcan las últimas dos décadas, para tratar de reforzar desde la concreción que otorgan estudios de caso precisos la idea que manejo en el presente texto: la existencia de identidades obreras difusas en el territorio simbólico maquilador fronterizo.

En suma, el artículo pretende, a partir de los resultados obtenidos por algunas investigaciones realizadas en la frontera norte, incluyendo las mías (Alfie y Méndez, 1998 y Méndez, 2003), elaborar una lectura diferente sobre un problema específico: la identidad del obrero maquilador. Procuero realizar una *descripción densa*; un trabajo que vaya más allá de la etnografía para convertirse en un esfuerzo intelectual: “pensando y reflexionando, pensando pensamientos”.² Trato de recrear, y en esto se centra la principal aportación de la reflexión que aquí se realiza, una lectura diferente del fenómeno de la identidad obrera en el territorio maquilador fronterizo; una lectura que asume como guía metodológica medular la perspectiva simbólica desde el mundo de la cultura.

Aclarado lo anterior, y antes de adentrarme en el tema en cuestión, considero necesario dejar establecidos una serie de presupuestos que, en su interrelación, van a ayudar a explicar el objetivo que persigo.

Cuando hablo de territorio simbólico maquilador estoy haciendo referencia, en primer lugar, a un espacio geográfico culturalmente ocupado construido por la acción social (Raffestin, 1980: 129); en segundo, al hecho de que el hombre, al encontrarse incapacitado para establecer una relación directa con la realidad, cualquier tipo de correspondencia con ella estará siempre mediada por lo simbólico (Cassirer, 1992: 48); y en tercero, consecuencia de lo expuesto, voy a considerar a la maquila como un símbolo y, como tal, va a expresar su carácter polisémico en el territorio en cuestión. Esto es, va a reflejarse como símbolo dominante en la medida en que se propone darle coherencia, otorgarle orden al territorio fronterizo y en tanto se manifiesta como

² “...hacer etnografía es establecer relaciones, seleccionar a los informantes, transcribir textos, establecer genealogías, trazar mapas del área, llevar un diario, etc. Pero no son estas actividades, estas técnicas y procedimientos, los que definen la empresa. Lo que la define es cierto tipo de esfuerzo intelectual: una especulación realizada en términos de... descripción densa” (Geertz, 1994: 76).

un fin en sí mismo que expresa los valores axiomáticos de la sociedad. Pero también como símbolo instrumental cuando se ubica en los diversos contextos sociales que le dan vida; cuando pierde su carácter dominante y cuestiona el orden, cuando abandona su carácter absoluto y lo abstracto se pone en cuestión, la coherencia se diluye y comienzan a generarse conflictos (Turner, 1980: 49).

Por otro lado, vale anotar la importancia que tiene para alcanzar el objetivo antes señalado el hecho de considerar esta actividad productiva, la maquila, como expresión de un absoluto social, el mercado, que ocupa en la modernidad –tardía y subordinada– la centralidad en el ámbito de lo sagrado.³ De esta revisión surgió como relevante el hecho de que la acción social fronteriza ligada a la industria maquiladora, principalmente la realizada por el obrero maquilador, se explicaba por el juego entre la ambigüedad y la ambivalencia de los fenómenos propios de una sociedad de modernidad subordinada. Se percibió cómo, a partir del carácter polisémico del símbolo maquila, los actores sociales involucrados no sólo entraban en un conjunto de contradicciones internas, sino que también hacían parecer como insalvables las que establecían con el otro. De manera abstracta, el símbolo maquila identificaba a los actores sociales al momento de manifestarse como dominante, pero al tiempo de expresarse en los contextos específicos que le dan vida, perdía su rasgo dominante y adquiría uno instrumental que ponía en cuestión su atributo de absoluto, generándose conflictos. Identidades y conflictos, producto de estructuras significativas, rituales y mitos que adquirirían sentido cuando eran vistos desde los procesos de ambigüedad y ambivalencia en que se insertaban.

³ Entiendo al *absoluto social mercado* como "...el referente último, el absoluto, con todos los atributos que como a tal le corresponden: ser la suprema 'ley natural' a la que han de ajustarse tanto los individuos como las sociedades, los estados y las personas; poseer un carácter intrínseco regulador –'la mano oculta' que compensa sus propios desequilibrios, una especie de providencia, no divina pero sí sagrada–... el absoluto mercado, la libre iniciativa y la competitividad... son las normas fundamentales que deben orientar todos los comportamientos, actitudes y hasta sentimientos, para conseguir el objetivo último: el éxito personal, medido sobre todo por el grado de poder, no sólo económico pero con reflejo necesariamente en lo económico, que cada individuo sea capaz de conquistar en el mercado de la vida" (Moreno, 1998: 180-181). Respecto al concepto de modernidad tardía, o sociedad del riesgo, me refiero al último estadio de la modernidad capitalista (Beck: 1998); y en cuanto al concepto de modernidad subordinada, me remito a las formas, generalmente coercitivas, que los países y organizaciones multinacionales creadoras de la modernidad tardía le imponen a los estados-nación para que hagan suyos los dictados del nuevo absoluto social mercado (Méndez, 2003: 81).

CONSIDERACIONES EN TORNO AL CONCEPTO DE IDENTIDAD SOCIAL

No pretendo realizar un estado de la cuestión acerca del problema de las identidades dentro de la ciencia social. Tomaré algunos autores reconocidos para entender cómo se construyen tradicionalmente las identidades, con el objeto de confrontar el problema dentro de las realidades propias de la modernidad tardía y, especialmente, dentro de los híbridos socioculturales engendrados por las sociedades de modernidad subordinada, lugar donde se ubica el territorio simbólico que nos preocupa y los actores sociales que le dan vida. Trataré de mostrar cómo la tradicional noción de identidad ya no nos sirve para dar cuenta de su presencia en el espacio culturalmente ocupado por la industria maquiladora en la frontera norte de México. Aspiro a explicar por qué en este espacio achicado, y en este tiempo del presente alargado, donde lo viejo y lo nuevo, en su coexistencia cotidiana, se crean espacios sociales definidos por su indefinición y el viejo principio de identidad sustentado en la unión del sujeto y el predicado se desdibuja. Si durante largos siglos se pensó que lo mismo es siempre lo mismo; que lo que es, es, y que es imposible pensar que una cosa sea y no sea al mismo tiempo (Xirau, 2001: 12), en este espacio y tiempo que me ocupan, la ambigüedad y la ambivalencia en el juego de las identidades se presentan como elementos distintivos de un fenómeno común. Los actores sociales de esta historia, en especial el obrero maquilador, son una y otra cosa y, simultáneamente, no son ni lo uno ni lo otro. El problema de la identidad exige ser pensado de otra manera menos absoluta, más fluctuante, difusa, oportunista. El problema de la identidad debe ser meditado desde los fenómenos de la no identidad.

Por lo anterior, resulta pertinente iniciar la reflexión considerando el problema de la identidad en relación con el territorio. Si de manera general se entiende el territorio como un espacio culturalmente ocupado que contiene un sistema territorial (la particular forma como se reparte el espacio, los lugares físicos que lo determinan y las redes establecidas para su comunicación) y una territorialidad, habitualmente concebida como la vida cotidiana de los habitantes del territorio —sus relaciones dentro y fuera del trabajo, sus relaciones familiares, con grupos sociales, religiosos o políticos o con la autoridad, etcétera (Raffestin, 1980: 134)—, resulta evidente que la o las identidades de un territorio específico se construyen a partir de la territorialidad bajo

el amparo de un sistema territorial. La territorialidad genera identidades desde sus habitus particulares, pero también en la contradictoria relación que el territorio establece con otros similares que tratan de imponerle conductas y formas de comportamiento ajenas a sus representaciones sociales. Las particularidades de los equilibrios establecidos a partir de un privativo tipo de relaciones creadas desde la territorialidad, permitirán definir el grado de estabilidad que vive ese espacio y, en consecuencia, la fortaleza de sus identidades colectivas. La territorialidad se convierte entonces en el principal ordenador de la vida social, en el elemento central que afianza o diluye las identidades colectivas.

Llegados a este punto, hay que reflexionar, desde el problema de la identidad, sobre un conjunto de conceptos que, pareciera, se entrelazan de modo natural, a tal grado que es fácil caer en la tentación de minimizar sus contenidos y emplearlos erróneamente como sinónimos. Si decimos que las identidades colectivas se forjan desde la territorialidad, y que ésta se entiende de manera abstracta como vida cotidiana, ¿qué sentido se le dará a este concepto? Por otro lado, territorialidad, vida cotidiana y representaciones sociales, ¿son la misma cosa? Y, ¿de qué nos sirve el concepto de habitus? ¿Y qué puede hacerse con el término de rutinización? ¿Y qué tiene que ver la territorialidad con el ethos y la cosmovisión?

Comienzo aceptando que el concepto de identidad no es unívoco, por el contrario, es un término de múltiples significados aplicado a diversas clases, sectores o grupos sociales, en diferentes espacios y tiempos; esto es, identidad tiene que ver con la historia, es un fenómeno no estático, referente a territorios específicos y expresión particular de territorialidades empíricamente establecidas que, por principio, tienen la cualidad de la transformación. En este sentido, cuando se hable de identidad, la referencia obligada será a colectividades concretas y no a armoines identitarias abstractas, ideológicamente construidas desde el poder. No se hará alusión entonces a la identidad nacional, ni mucho menos a una mítica identidad continental o planetaria surgida de las resonancias globalizadoras en el mundo, salvo cuando se entiendan como parte de imaginarios cada vez menos colectivos.

Con esta aclaración, analicemos ahora la relación entre territorialidad, vida cotidiana e identidad. Se acepta (León, 1999) que, para una gran mayoría de investigadores, el concepto de vida cotidiana tiene que ver en lo general con la satisfacción de las llamadas necesidades básicas, creadas de antemano, que cumplen con la función de repro-

ducir una particular configuración de la sociedad. Se admite en principio el juicio de Agnes Heller (1998), en el sentido de que la vida cotidiana es el reino de la necesidad, juicio teleológico y utilitarista, que obliga a que todo acontecimiento cotidiano tenga una función, se dirija a una finalidad y que ésta sea la de mantener las relaciones establecidas (León, 1999: 119-136).

Esta acepción sobre vida cotidiana podría aplicarse sin mucha dificultad al concepto de territorialidad, si de manera absoluta la entenderíamos simplemente como expresión de relaciones dentro y fuera del trabajo, familiares, con grupos sociales, políticos o religiosos, con la autoridad, etcétera, que tengan una función precisa y que apunten a una finalidad determinada. No es así, las relaciones sociales que expresa el concepto de territorialidad están definidas por el movimiento y por la contradicción tanto en el interior como en el exterior del territorio. No son por necesidad estables. Dependiendo de situaciones concretas, el grado de armonía social que manifieste el territorio siempre será variable e inconsistente, y aunque las estructuras simbólicas creadas desde el poder, a través de particulares ideologías, pretendan la reproducción estable de un orden específico, las relaciones que se establecen expresarán siempre un equilibrio precario. En suma, con el concepto de territorialidad se expresan tanto las relaciones orientadas a fines estabilizadores, como aquellas disruptivas que el mismo territorio engendra. Cambio, violencia y ruptura conviven con los fenómenos propios de la reproducción social. En este trabajo no se entenderá únicamente la noción de territorialidad como una tranquila sucesión de rutinas preestablecidas, sino como un espacio donde se originan también insatisfacciones y comportamientos perturbadores que generan inestabilidad. La territorialidad manifiesta tanto el movimiento hacia el orden, como el que se orienta al rompimiento de los contrapesos sociales.

Vida cotidiana y territorialidad pueden ser vistos como ordenadores de la vida social, sólo que, mientras la primera se asume como expresión de estabilidad reproductiva generadora de identidades permanentes, la segunda se asume como expresión de relaciones sociales en movimiento que contienen siempre el elemento de disrupción, por tanto, las identidades que genera lo mismo se afianzan, se debilitan o se diluyen en un ininterrumpido proceso sin un fin predeterminado.

¿Y qué correspondencia existe entre territorialidad, vida cotidiana y representaciones sociales en lo concerniente al problema de la

identidad? Cuando se habla de representaciones sociales, se alude en principio al término acuñado por Durkheim quien las entendía como:

... las formas en que una sociedad se representa los objetos de su experiencia; son contenidos de conciencia que reflejan la experiencia colectiva y añaden a la biografía individual el conocimiento generado por la sociedad. Por lo tanto serían el producto vivencial de la larga asociación espacial y temporal de un grupo humano que se manifiestan como formas de pensamiento no explícitas que incluso subyacen a las creencias (Bartolomé, 1997: 43).

Siguiendo a Durkheim, cuando se refiere a representaciones sociales, la sociología francesa alude a:

... percepciones, emociones, evaluaciones del bien y del mal, ideas acerca de las causas y los sucesos –en pocas palabras, sistemas completos de pensamiento y de sentimiento– (que) existen de modo trascendental, independientes del individuo en el cual aparezcan... pasan de una generación a otra; se aprenden con la conducta; están contenidas en proverbios y preceptos; en la tecnología, la convención y el ritual; y, cuando el desarrollo de la escritura, en los libros (Hallpike, 1979: 48).

Apunta Miguel Bartolomé que a lo largo del siglo pasado el concepto fue retomado y ampliado, en especial desde la psicología social, al explicarla como:

... formas socialmente construidas de percibir, pensar y actuar sobre la realidad dentro de un sistema cultural. Las representaciones colectivas aparecen así como una forma de conocimiento compartido, de saber común derivado de las interacciones sociales y orientado a fomentar la solidaridad grupal al otorgar sentidos específicos para las conductas (Bartolomé, 1997: 44).

Así entendido el concepto de representaciones sociales, comparte, con el de vida cotidiana, el carácter de absoluto y de estructura dada que se le otorga a los sistemas de pensamiento que ordenan la acción social y, aunque no se explicita, tienen el mismo fin: fomentar la solidaridad social para reproducir los equilibrios que perpetúan el orden. Las representaciones sociales expresan, desde la vida cotidiana, la más tradicional manera de percibir cómo se construyen las identidades sociales en colectivos humanos cerrados, en sociedades insulares, cultu-

ralmente homogéneas, asentadas en territorios bien demarcados y ocupados por grupos definidos, integradas simbólicamente y claramente diferenciadas de otras sociedades.

Quizá el ejemplo más claro que nos permite observar la utilidad de este concepto es el de las identidades étnicas y su definición a partir de la diferencia: lo propio en oposición a lo alterno, ejemplo que, al menos en lo que aquí se expondrá, puede extenderse a la situación de otros muchos grupos sociales. La identidad se afirma en la relación con el otro; sin el otro, o sin los otros, no hay identidad. Además, las representaciones colectivas propias de un grupo social en el actual momento histórico, se transforman en construcciones ideológicas de uso exclusivo de los habitantes de un territorio:

La transformación de un conjunto de representaciones colectivas en una construcción ideológica supone pasar de un sistema abierto a uno cerrado valorativa e ideológicamente definido; de un espacio perceptivo abarcativo a uno restrictivo, en la medida en que delimita la interpretación de la realidad en forma parcial e interesada (Bartolomé, 1997: 46).

Vale apuntar que la identidad a partir de las representaciones sociales, no sólo se define en relación con el otro; la identidad del grupo también se afirma en el contraste dentro de sí. La alteridad se exhibe lo mismo en el interior, y puede ser leída a través de las relaciones económicas, políticas o religiosas plasmadas en mitos y ritos que señalan diferencias en lo interno. Más aún, la identidad que se afianza por lazos afectivos preñados de un fuerte contenido emocional, indica asimismo la existencia de un yo y de un otro generalizado afectivamente próximo, de una identidad emocionalmente encadenada, pero no por eso carente de conflictos. "...los otros generalizados que forman parte de mi grupo no son sólo afectivamente próximos en términos positivos, sino también el más cercano y potencial grupo de conflicto" (Bartolomé, 1997: 50).

Para Marc Augé, el problema del otro se hace todavía más complejo en algunas de estas sociedades cerradas. La identidad no sólo se advierte a través del otro externo, ni por medio del otro interno, ni tampoco cuando la identidad es producto de lazos afectivos; en ciertas sociedades el yo es al mismo tiempo el otro, el yo se encarna en su ancestro, en un Dios heredado, en un Dios construido por los adivinos, en un hombre de los primeros tiempos. La identidad se remite invariablemente a algún otro cuya singularidad sigue siendo siempre problemática. El

yo es otro: “el que se hereda, con el que uno se casa, al que se arremete, al que se teme, al que se saluda, el que os saluda”. El lugar de la alteridad se desplaza y, en cierto modo, se interioriza: el problema del otro no está fuera, está en el yo. “El secreto de los otros, si es que existe, residiría más bien en la idea que ellos mismos se hacen del otro (o que no se hacen, o que se hacen con dificultad) porque aún constituye el medio más simple de pensar en lo mismo y lo idéntico” (Augé, 1996: 13-33).

Siguiendo con el ejemplo de la identidad étnica, vale hacer notar la precisión que hace Bartolomé al afirmar que la identidad de clase y la étnica no son excluyentes sino incluso complementarias:

Resulta casi innecesario destacar que las relaciones interétnicas son generalmente relaciones de clase y que la posición de clase de un grupo étnico podrá condicionar también las representaciones ideológicas de su identidad social. Si asumimos que el ser social determina la conciencia, advertimos que se puede ser campesino e indio, obrero e indio, profesional e indio; un término no reemplaza al otro, ya que los seres humanos podemos tener no una sino varias identidades sociales. Pertenecer a una clase no excluye pertenecer a una etnia. La cuestión, en lo que atañe al comportamiento, radica en cuál de nuestras identidades resultará totalizadora en un momento dado, es decir, cuál actuará como una lealtad primordial que condicione las conductas políticas y sociales (Bartolomé, 1997: 67).

En estas situaciones, advierte Bartolomé (1997: 68), “tanto clases como etnias manifiestan su carácter relacional en la medida en que requieren de otras clases o etnias para definirse en cuanto tales, es decir que sus identidades se construyen por el contraste...”.

Por lo antes expuesto, valdría la pena ponerse a pensar que, así como los seres humanos pueden tener una o más identidades, de la misma manera van a compartir diferentes representaciones sociales, variados sistemas de pensamiento que, frecuentemente, derivan en distintas construcciones ideológicas, todas ellas enfrentadas, algunas veces de modo irreconciliable. Quiero decir con esto que, el hecho de advertir la presencia de múltiples identidades sociales en un mismo individuo, manifiesta la debilidad de las representaciones sociales que las generaron. Podemos hablar de encuentros culturales desiguales, favorecidos por el desarrollo histórico de la sociedad que, como tendencia, desdibujan las muchas o pocas identidades sociales que un individuo puede verse obligado a adquirir en el curso de su existen-

cia. En este sentido, Bartolomé nos habla de identidades subordinadas e incluso de identidades negativas o instrumentales para explicar estos encuentros culturales. Sin embargo, aun y cuando existan casos en que el individuo pueda volver a su identidad original y que el otro tipo de identidades adquiridas tengan sólo carácter coyuntural, resulta evidente que el retorno al origen modificará igualmente la identidad primaria.

Recordemos asimismo, aunque sea muy de pasada, los conceptos de *habitus* y de rutinización, y aceptemos que comparten, en lo esencial, el sentido que se le ha dado al de representaciones sociales. Sin embargo, los creadores de estos conceptos no los pensaron en términos absolutos, tan es así que, de manera explícita, nos hablan de cómo pueden llegar a ser desarticulados por el desarrollo social. Bourdieu nos hace notar: cuando por diversas razones alguien se ve obligado a abandonar su *habitus* —el juego y el sentido del juego lo llama— arroja al absurdo el mundo y las acciones que en él se desarrollan, elabora preguntas sobre el sentido de la existencia que nunca antes se había formulado. Las representaciones sociales pierden mucho de su influencia, y el individuo ensombrece su identidad. El conocimiento, la creencia y la fe que le otorgaba su *habitus*, pierde eficacia simbólica (Bourdieu, 1991: 92).

Lo mismo sucede con las representaciones sociales cuando las observamos, como lo hace Anthony Giddens (1987: 97), como procesos de rutinización: certezas básicas, confianza existencial, fe en la continuidad del mundo de los objetos y convicción en la trama de la actividad social. Conjunto de actividades que habitualmente ocurren en la vida cotidiana, predominio de conductas y comportamientos comunes, que se dan por supuestos, y que ofrecen un sentimiento de seguridad ontológica en el cual se apoyan las identidades sociales creadas. La ruptura y el ataque deliberado sobre estas rutinas, dice Giddens, producen un alto grado de angustia que se expresa en modos regresivos de conducta que atacan los fundamentos del sistema de seguridad básica, es decir, socavan las bases de la identidad.

Es en estos momentos de crisis social, de desencanto cultural, de tiempos cortos en la historia, donde se ubican y adquieren sentido las identidades subordinadas, negativas o instrumentales de las que nos habla Bartolomé. Identidades en tránsito que, a mayor o menor velocidad, desdibujan su perfil original y producen un híbrido. El

ethos y la cosmovisión⁴ propias de una determinada cultura, que daban cobijo a las representaciones colectivas, habitus o rutinizaciones de diversos grupos sociales, comienzan también a perder sentido y, en consecuencia, utilidad. Y aun en los casos, a veces heroicos, en que las tradiciones, la religión y el lenguaje se mantienen fuera del territorio que los procreó, las identidades sociales ya no pueden ser las mismas. El contacto con un otro que les impone conductas y comportamientos, las desvanece, las transforma, a veces las elimina.

Pero el problema que aquí interesa es la identidad social como expresión de la territorialidad, en espacios culturalmente ocupados, adscritos a sociedades de modernidad subordinada. En este sentido, podemos hablar de representaciones sociales, de habitus o rutinizaciones generadoras de identidades, claramente ubicados en un territorio, aunque, como comúnmente sucede, algunas de esas identidades sean expresiones de territorialidad de otros territorios: identidades compartidas, subordinadas o instrumentales que se entremezclan en un mismo territorio y confunden, y complican, las expresiones de territorialidad que emana el territorio en cuestión.

Si bien es cierto que es correcto entender las representaciones sociales como sistemas completos de pensamiento y de sentimiento, no lo es tanto adjudicarles un carácter trascendental al margen de los individuos y, sobre todo, de la acción social: no es posible asignarles un carácter absoluto. Si se consideran las representaciones sociales como resultado de procesos colectivos y sociales, la acción del hombre ejercerá una influencia vital y profunda en el modo de comprender el mundo. Ni el individuo ni los colectivos sociales imitarán, copiarán u observarán pasivamente sus representaciones, las asimilarán, por tanto, estarán en condiciones de transformarlas. Por esto, para los fines de este trabajo, no se verán las representaciones sociales como modelos ideales, las variaciones concretas a que permanentemente se sujetan las hacen sufrir alteraciones directamente relacionadas con la acción social. Las representaciones sociales, como modelo general, no sirven para explicar situaciones concretas como las que aquí se pretenden; por eso, para cumplir con las exigencias de este artículo,

⁴ "El ethos de un pueblo es el tono, el carácter y la calidad de su vida, su estilo moral y estético, la disposición de su ánimo; se trata de la actitud subyacente que un pueblo tiene ante sí mismo y ante el mundo que la vida refleja. Su cosmovisión es su retrato de la manera en que las cosas son en su pura efectividad; es su concepción de la naturaleza, de la persona, de la sociedad. La cosmovisión contiene las ideas más generales de orden de ese pueblo" (Geertz, 2000: 118).

me referiré, más que a representaciones colectivas, a *habitus* o a rutinizaciones, a formas de pensamiento y sentimiento tomadizas, inestables, mudables, donde se combina lo viejo con lo nuevo en una intrincada red que produce identidades sociales difusas, en tránsito, siempre en movimiento hacia ninguna parte.

LOS PROCESOS DE NO IDENTIDAD EN EL TERRITORIO SIMBÓLICO MAQUILADOR

En el territorio simbólico maquilador, creado por la acción social en la frontera norte de México, la territorialidad se expresa a través del símbolo maquila. Sus múltiples significaciones muestran en lo concreto cómo se alteran, modifican o transforman aceleradamente, las tradicionales formas de representación colectiva propias de una sociedad de modernidad subordinada, influenciada o comprometida con el orden mundial globalizado. El fenómeno de la maquila en la frontera norte, como ya se mencionó, es la expresión más acabada del papel que las sociedades de modernidad tardía le asignaron a nuestro país, por tanto, su influencia es determinante no sólo en los espacios de la economía, sino también en los de la reproducción social y en los de la cultura: la maquila es parte determinante de los fenómenos que hoy transmutan de manera significativa las representaciones sociales en la región, modificaciones que, por inacabadas, pierden su supuesto carácter trascendente, y como no escapan al momento de transición que hoy se vive, manifiestan el atributo de incertidumbre, contingencia y riesgo que acompaña a todo proceso social que no termina de asimilar el cambio. La vieja cultura laboral está en entredicho, las tradicionales formas de control social se ven amenazadas por la presencia de modernas modalidades de representación social, la nueva democracia electoral que busca imponerse tiene aún que negociar con los viejos poderes regionales de corte caciquil, la cultura de los derechos humanos, del medio ambiente o del respeto a las preferencias sexuales trata de abrirse camino frente a la intolerancia, en suma, este momento de incertidumbre y contingencia acelera los cambios de las representaciones sociales en la zona, a tal grado, que se pierde la particularidad de permanencia que el pensamiento teórico les asigna.

Se parte del hecho de que el territorio simbólico maquilador no es un todo homogéneo, en su interior nos topamos en esencia con tres actores

sociales diferentes y enfrentados, en consecuencia, se manifiestan al menos tres territorialidades diferentes, que tejen una intrincada red de identidades sociales difusas. Se establecen complejas relaciones de alteridad entre los actores involucrados, en su interior, y de cada uno de ellos con unos otros ubicados en territorios externos. Así, si hablamos del obrero maquilador, actor preferencial en este trabajo, el otro que en una primera instancia lo define es el patrón: la alteridad se expresa dentro de la histórica relación capital/trabajo; mas, por la perversa forma en que se manifiesta esta relación, el obrero maquilador encuentra también en su organización sindical un otro diferente a él, una amenaza que de igual manera lo acota. Por otro lado, y dentro del mismo espacio culturalmente ocupado, construye de igual manera relaciones de alteridad con las organizaciones sociales binacionales no gubernamentales, relaciones paradójicas en cuanto a que, si por un lado definen su identidad en razón del compromiso establecido de luchar a favor de la justicia en las maquiladoras, por el otro, entran en franca contradicción con el obrero maquilador al momento de instituir relaciones concretas a través de movimientos sociales específicos: las diversas formas como significan el símbolo maquila, así como la debilidad identitaria del colectivo obrero, impide que, más allá del instante coyuntural, se realice un trabajo conjunto de más largo plazo.

Visto el problema del otro en el interior del grupo obrero maquilador, no se advierte una identidad de clase dentro del colectivo, me arriesgo a suponer que, en términos marxistas, ni siquiera es clara una identidad de clase en sí. El trabajador de la maquila no tiene tradición obrera, y las particulares formas de organización laboral que dirigen su trabajo lejos de fomentar la identidad colectiva promueven la individualidad: si bien es cierto que el proceso de trabajo maquilador, de modo similar que cualquier proceso de trabajo, tiende a hacer surgir la figura del obrero colectivo, las nuevas formas flexibles de organización laboral guiadas por la filosofía de la calidad total, “impiden que surja una conciencia obrera colectiva y autónoma, sino una multitud pulverizada de conciencias individuales, es decir, una no-conciencia colectiva” (Gilly, 1981: 24). Por supuesto, es difícil generalizar, existen periodos de acción colectiva fuera de los procesos de producción, pero, además de que en la mayoría de los casos el movimiento de los trabajadores tiene que ver más con el interés de las cúpulas sindicales que con su propio interés, poco significan estos movimientos frente a una acción individual más permanente.

En suma, con lo anterior quiero hacer énfasis en lo siguiente: si la manera como nos caracterizamos y nos caracterizan tiene que ver en mucho con la forma en que un colectivo define el nosotros; si las relaciones entre un nosotros son tan significativas como las relaciones con los otros, bien puede afirmarse que, en el caso del obrero maquilador, la identidad depende más de las diferencias con los otros que de una definición del nosotros. Son más fuertes las diferenciaciones con el otro que los fenómenos identitarios que se construyen internamente, y si el modo como se percibe a los otros está fuertemente condicionado por la manera en que se percibe el nosotros, la debilidad del nosotros en el colectivo obrero maquilador es manifiesta, es expresión de una identidad frágil, coyuntural, fluctuante, oportunista, identidades difusas con tendencia hacia una no identidad.

Dice Bartolomé en referencia a la identidad étnica:

...que aspectos tales como la religión, la lengua, el modo de vida, la indumentaria, patrones alimentarios, el sistema político o la propia lógica económica, pasarán a confrontarse con los de los *otros*, adquiriendo así una definición totalizadora y una acrecentada capacidad normativa. Se trata por lo general de rasgos culturales preexistentes que se redimensionalizan al ser colectivamente sumidos como fundamentos de la filiación étnica... No sólo la construcción sino el mismo discurso explícito de la identidad requiere estos referentes culturales asumidos como distintivos, que en las situaciones de contraste funcionan entonces como *signos emblemáticos* de la identidad. La existencia de dichos elementos es lo que nos permitiría caracterizar la presencia de una *cultura de resistencia*, entendida como la lucha a favor del conjunto de referentes culturales que una sociedad asume como fundamentales para su configuración identitaria en un momento dado de su proceso histórico (Bartolomé, 1997: 79).

¿Es posible hablar de una cultura de resistencia dentro de los colectivos de obreros maquiladores? ¿Pueden proclamarse rasgos culturales preexistentes, redimensionados y comunes en este actor social fundamental en el territorio simbólico maquilador fronterizo, que funcionen como signos emblemáticos de la identidad? El trabajador maquilador llega a la fábrica cargando diferentes estructuras significativas que, irremediablemente, se confrontarán, en condiciones de desventaja, con otras que se les tratará de imponer. No se dejan atrás las territorialidades de origen y las representaciones colectivas o habitus o rutinizaciones que dichas territorialidades expresan; tendrán que hacer cuentas con las nuevas realidades de un territorio definido por las

peculiaridades de la modernidad subordinada. Su anterior adscripción a un absoluto social, hoy desplazado del ámbito de lo sagrado, los valores socialmente contruidos con que edificó su cosmovisión, se enfrentarán con un nuevo absoluto social, el mercado, y con los valores que difunde. Una nueva cultura laboral, nuevos modos de vida expresados en lo esencial en diferentes percepciones del tiempo y del espacio, nueva indumentaria y nuevos patrones alimentarios territorialmente impuestos por los esquemas de consumo global, cambios significativos en el lenguaje y la religión, distinto sistema político inmerso en las indefiniciones de los procesos de transición y una nueva lógica económica regida por las leyes del mercado impiden a este grupo social redimensionar rasgos culturales preexistentes que funcionen como signos emblemáticos de la identidad. En estas condiciones y para este caso específico, es difícil precisar en dicho territorio una cultura de resistencia que nazca en los espacios maquiladores y se extienda a los espacios de la reproducción social. La resistencia de este sector de la clase obrera se reduce usualmente a la respuesta clandestina contra el capital, casi siempre individual, en procesos de trabajo específicos, a las que denomino formas ocultas de resistencia obrera.

Por supuesto, dentro de este colectivo obrero, y principalmente en la ciudad de Tijuana, Baja California, se advierten grupos de inmigrantes con explícita filiación étnica que, en pequeño, pueden expresar los contenidos que entraña una cultura de resistencia (Bartolomé y Barabas, 1998: 622-671), sin embargo, su particular situación no puede extenderse al conjunto de trabajadores empleados en la industria maquiladora fronteriza. El rasgo común que los distingue es su carácter pluricultural, y las posibilidades de resistencia se reducen, en gran medida, a lo individual. La pobreza es el patrón cultural más importante que comparten.

En el recinto maquilador pueden convivir indígenas de diversas etnias con campesinos de la región, con trabajadores rurales de diferentes estados de la república, con desarraigados urbanos en busca de oportunidades o con empleados de servicios en sus lugares de origen. Esta mezcla cultural, la ausencia de tradición obrera, las desconocidas formas de organización del trabajo —ideológicamente fundadas en la calidad total—, los remodelados esquemas de control obrero —no por eso menos autoritarios— que expresa el sindicalismo corporativo otrora oficial, junto a la vivencia en un entorno cultural que favorece los procesos de individualización, se confabulan para dificultar o propiciar los procesos de identidad o de no identidad en este sector obrero.

La vida cotidiana en las sociedades de modernidad tardía no auspicia los procesos de identidad social. Un entorno social que patrocina los procesos de individualización tenderá a la creación de identidades fluctuantes, más bien difusas, propias de los espacios de anonimato (Augé, 2000: 36-47). En las sociedades de modernidad subordinada, como la que acoge el territorio que aquí preocupa, la vida diaria de los colectivos obreros maquiladores, si bien contiene los rasgos culturales preexistentes que determinan su acción cotidiana, su enfrentamiento con las inusitadas realidades termina por vaciar de contenido las identidades originarias, dando lugar a la creación de híbridos que, pienso, alimentan procesos que muy probablemente pueden terminar en la aparición de no identidades.

Veamos a continuación algunas experiencias sociales clave en la vida del trabajador y la trabajadora de la maquila, que muestran la pertinencia de lo antes dicho: por un lado, las relaciones obrero-sindicato en el territorio maquilador y su proclividad a este tipo de fenómenos; por el otro, enfrentar la depredación ambiental, la enfermedad y la muerte casi siempre de manera individual y, como desesperada solución: el “inmovilizante movimiento” de trabajadoras y trabajadores, de una planta a otra, en una acelerada rotación que nunca concluye, expresión de una esperanza de bienestar que algunos años de trabajo maquilador frustraron, testimonio de identidades sociales disminuidas y colectivos sociales pulverizados.

LAS RELACIONES OBRERO-SINDICATO Y LOS PROCESOS DE IDENTIDAD SOCIAL

Se puede comenzar afirmando que, en lo general, es escasa la respuesta colectiva del trabajador de la maquila. Lo que podríamos entender como su contestación a su otro natural, el empresario, se elabora a través de las organizaciones sindicales corporativas—antes del 6 de julio del 2000 calificadas como sindicalismo oficial—. Actor social que, por su evidente divorcio del interés de los trabajadores, establece relaciones de alteridad con el obrero maquilador. La respuesta del obrero al capital la realiza, entonces, una organización sindical que no lo representa; la perpetra un otro al que necesita, pero con quien está lejos de identificarse. Esta situación revela la existencia de formas difusas de identidad social en los colectivos obreros maquiladores en

la frontera norte; identidades humilladas que nos hablan de la presencia de un nosotros poco fortalecido, débil, que les impide singularizarse desde adentro respecto del resto de identidades que comparten el territorio. Las diferencias de alteridad se establecen en negativo: no desde un nosotros diferenciado, sino desde unos otros a los que saben no pertenecen. Procesos que, como ya se dijo, tienden a la no identidad de este actor social. Por esta circunstancia es que parto del sindicato para mostrar la ambivalencia y la ambigüedad que muestra el comportamiento del obrero maquilador, para exhibir cómo exhiben la lucha entre lo viejo y lo nuevo, y para desvelar cómo viven su pertenencia obligada a una etapa ritual que no se resuelve.⁵

Para nadie resulta un secreto la radical transformación de la organización sindical. Indudablemente, la institución sindicato es una creación de la sociedad burguesa y su surgimiento obedece a la necesidad de negociar las relaciones capital-trabajo, pero no es menos cierto que se revela explícitamente como un instrumento de la clase obrera para la defensa de sus intereses inmediatos. Por principio, la relación sindicato-empresa es conflictiva y de esta lucha se han generado diversos intentos de cooptación por parte de los empresarios, o de autonomía, por parte de los sindicatos. El desenlace, hasta hoy, ha favorecido al capital: la profesionalización de líderes sindicales y su humana propensión a la corrupción y al poder, junto a las innovaciones tecnológicas y a la modernización de las relaciones laborales, terminaron por

⁵ Se podría argumentar que la situación descrita no es privativa de este sector obrero, que en realidad la comparten con un gran fragmento del proletariado nacional. La representación forzada del obrero a través de una organización sindical ajena a sus intereses ha sido y continúa siendo distintiva de la relación capital-trabajo en México, incluso en los recintos donde prevalece la filosofía empresarial de la calidad total. Sin embargo, la diferencia radica en las formas en que se establece la alteridad: el obrero maquilador fronterizo no encuentra identidad alguna con el sindicato que obligadamente lo representa, para él, el sindicato es un otro generalmente amenazante, mientras que el obrero mexicano adscrito a estas centrales corporativas sí construye una identidad con sus representantes, una identidad cómplice cuyas raíces se hallan en el conjunto de mejoras gremiales alcanzadas a través de la negociación corporativa con el Estado. Quedan excluidos de este diagnóstico los trabajadores adscritos a sindicatos independientes, donde sus identidades se construyen en un entramado ideológico y, por razones totalmente diferentes, tampoco caben en este esquema los miles de trabajadores de la pequeña y la mediana industria sujetos a las autoritarias disposiciones de un contrato de protección. En este caso, idéntico que el de los trabajadores maquiladores, su relación con el sindicato es casi una quimera, no existen relaciones de identidad, también aquí el sindicato es un otro amenazante. No obstante, son situaciones diametralmente opuestas: los obreros de los gansteriles contratos de protección, habitualmente, no son inmigrantes, si tienen una tradición obrera, no se enfrentan a las modernas modalidades de flexibilidad laboral y, sobre todo, no participan en un rito de pasaje: su estado social está definido.

derrotar al sindicato y a los trabajadores en la lucha por el control de los procesos de trabajo. Resultado: la incorporación subordinada de trabajadores y sindicatos a los proyectos de desarrollo capitalista.

Una de las múltiples perversiones observadas en la organización sindical es la que aquí nos ocupa. Los sindicatos maquiladores fronterizos y su funcionariado sindical sustentaron su acción laboral en un sindicalismo multifacético (Sánchez, 2000: 297-309). El control sobre los trabajadores se ejerce adoptando diferentes máscaras: la de enfrentamiento al capital, generalmente declarativa, por las condiciones de trabajo impuestas; la de las batallas calendarizadas –los emplazamientos a huelga– expresión de un ritual simulado de lucha obrera y, esporádicamente, la confrontación directa a través de huelgas reguladas. Pero en todos los casos, de manera oculta o explícita, la acción enmascarada del sindicato maquilador termina por responder a las exigencias del capital. Y es que no puede ser de otro modo, dado que, por un lado, existen condiciones establecidas de manera coercitiva, como en Matamoros, que obligan al asalariado a ingresar al sindicato y es éste quien, autoritariamente, representa sus intereses; y, por el otro, a la organización sindical le tiene sin cuidado el que los trabajadores se involucren en las labores sindicales –si no lo hacen mejor–, el mismo descuido que el obrero manifiesta en cuanto a su trato con sus supuestos representantes. Una es su preocupación: el empleo, y para conseguirlo y conservarlo requiere del sindicato. Fuera de esta relación elemental, el sindicato es percibido como algo externo a ellos. Poco se les consulta y mucho menos se les informa. El trabajador maquilador se encuentra tan desprendido de su sindicato, que es muy común que ni siquiera conozca sus estatutos, y quién sabe qué tanto conozca su contrato colectivo:

Antes de nuestro movimiento (testimonió una obrera)... no sabíamos lo que era un contrato colectivo; tampoco qué era un sindicato, los estatutos, una huelga. Nada. Bueno, ni siquiera lo que era una asamblea general. Nunca nos habían citado... hasta entonces supimos que teníamos un "líder", que nos quitaban la cuota. Antes creíamos que era algo así como un impuesto o algo parecido. También supimos que pertenecíamos a la CROC, pero tampoco sabíamos qué era eso. ¡Estábamos bien ignorantes!... Trabajábamos horas extras y no nos las pagaban, y es que no sabíamos nada y creíamos que tenían derecho a exigimos esa cuota diaria que ellos querían; cuando teníamos muchos "rezagos" teníamos que venir los sábados y los domingos y no nos los pagaban, los días festivos no existían para

ellos, si veníamos nos los pagaban como cualquier otro día normal, si no veníamos no nos lo pagaban. Como lo digo, todo eso se acabó cuando nombramos nuestro Comité Sindical con Emiliano a la cabeza y por eso no lo querían, hicieron lo imposible por deshacerse de él, pero como nosotras no lo permitimos pues se deshicieron de todas... Estalló la huelga pero ellos ya se habían ido bien lejos llevándose lo de valor que tenían, así que lo aquí quedaba no les interesaba. En las averiguaciones supimos que el edificio era del gobierno, que se los había prestado sin cobrarles y... no pagaban agua ni luz ni nada (Arenal, 1986: 104).

Los representantes sindicales tienen el poder real y la capacidad legal para establecer convenios, negociar salarios y condiciones de trabajo, al margen del conocimiento y de la opinión de las bases que agremian, quienes carecen de los medios para opinar o intervenir en los problemas que les afectan, situación que muestra no sólo el carácter autoritario y multifacético del sindicato, sino la debilidad también de las identidades sociales que establecen los trabajadores en sus respectivos colectivos, que favorecen este tipo de comportamientos arbitrarios tan comunes dentro de las organizaciones sindicales maquiladoras en la frontera norte.

En la ciudad de Tijuana, dice Cirila Quintero, la ignorancia respecto de la organización sindical a la que pertenecen, a veces ni a problema llega:

El sindicalismo que priva en las maquiladoras tijuanaenses es desconocido por los trabajadores. De los 83 entrevistados, un 51.8% dijo no conocer su sindicato. De éstos, un 20.5% expresó que no sabía que tenía sindicato. El 48.2% de los que expresaron conocer su organización sindical indicaron que los elementos que más conocían de su sindicato eran: la central a la que estaba afiliada y sus líderes sindicales. Los hombres maquiladores son los que dijeron con más frecuencia conocer su organización sindical, un 69.8%. Sólo 13 mujeres maquiladoras dijeron saber que tenían sindicato (Quintero, 1990: 163).

Y, al referirse al conocimiento sindical⁶ en relación con el sector económico de la maquiladora, menciona que es en las empresas electrónicas y textiles donde menos conocimiento sindical existe entre los trabajadores:

⁶ Cabe aclarar que para esta autora *conocimiento sindical* significa información sobre la organización sindical (historia, estatutos, objetivos y central obrera); conocimiento de los líderes sindicales y del contrato colectivo.

En estos sectores, la existencia sindical es manejada a nivel de “información confidencial”, según declaración de los empresarios: “En la planta sólo el contador y yo sabemos que tenemos sindicato. Ni las secretarías saben que pertenecemos a un sindicato” (Quintero, 1990: 164).

Para el caso de recintos maquiladores donde el obrero y la obrera sí tienen nociones sobre el sindicato, es interesante observar cómo Sergio Sánchez utiliza a Max Weber y su concepto de tipos ideales para ubicar al sujeto que llama funcionariado sindical:

Esta nueva clase obrera puede llegar a ver a este funcionario como ese conjunto de personas revestidas de poderes extrahumanos que son capaces de resolver la sentida demanda de empleo; como ese conjunto de personas que pueden beneficiarla con un puesto un poco mejor pagado o menos malo que el que se tiene. De esta manera, sectores de esta nueva clase han depositado confianza en este funcionariado para que le resuelva problemas acuciantes. En esta relación parece haber *elementos carismáticos* (Sánchez, 2000: 302).

Vuelve a resultar evidente la fragilidad de las identidades sociales adquiridas por los trabajadores de las maquiladoras. Sólo la enorme debilidad de un nosotros, que impide la fortaleza de la identidad obrera, permite que el llamado funcionariado sindical cetemista sea imaginado como un individuo con poderes que van más allá de las potencialidades comunes a cualquier persona. En estas circunstancias es entendible que este ser, a quien el obrero otorga facultades extraordinarias, casi mágicas, aparezca en su imaginario como el único apto para resolver sus problemas. En realidad, esta particular figura social cumple la ingrata, pero redituable función, de negociar acuerdos con los representantes empresariales al margen de la voluntad obrera, tarea que se traduce en poder, riqueza y, por supuesto, corrupción. Forman una compleja red de intereses, hábilmente tejida desde las cúpulas del poder materializado en el edificio de la Federación de Trabajadores de Chihuahua, perteneciente a la Confederación de Trabajadores de México (CTM), de la cual están ausentes sus representados: los asalariados.

El control enmascarado, al que antes se hizo referencia, encarna en este actor social: a veces combativo con los supervisores en las áreas de trabajo, pero casi siempre pasivo ante las decisiones empresariales. Es el funcionariado de la sumisión:

...de la incapacidad, “del dejar hacer, dejar pasar”, del inmovilismo. Hablamos del *sindicato de casa ausente*. Analizamos un sindicato en el cual el funcionario sindical (varón) más bien desempeñaba el papel de mediador de las demandas de la base obrera. Él se encargaba, con su actitud pasiva ante la empresa, de propiciar el fatalismo y la desilusión entre la base obrera acerca de las posibilidades de la organización colectiva, acerca de los alcances de la lucha sindical. Éste parece ser un ejemplo claro de este tipo de situaciones, en las cuales el sindicato da la impresión de casi no existir (Sánchez, 2000: 303).

A pesar de lo anterior, el funcionario sindical tiene que legitimarse de alguna manera, para ello emplea otra máscara: la de la concesión, la de protector del asalariado ante la empresa, “...del permiso para no laborar, del acceso a prestaciones o créditos para viviendas del Infonavit u otros recursos del sindicato, la participación en festejos. Todo ello, claro está, a cambio de que esa base sindical —o sectores de ella— le otorguen lealtad incondicional...” (Sánchez, 2000: 307). Máscara que fácilmente se intercambia por otra: la de la represión, la del violento escarmiento que cubre un amplio espectro de situaciones: desde los excesos personales preñados de actitudes resentidas, hasta la agresión física por medio de golpeadores profesionales, pasando por el manipuleo de asambleas, el tramposo uso del micrófono, el manejo unilateral y mañoso de los estatutos o la amenazadora presencia de la cláusula de exclusión como instrumento de “pacificación” sindical.

De este perverso juego de máscaras, expresión de un poder ilegítimo y oculto; de esta hegemonía de un otro artificialmente identificado con los colectivos obreros, emerge como dominante una vieja figura que, desde el México prehispánico, atraviesa la historia nacional: el patriarca y, con él, la dominación patriarcal-patrimonial, el intercambio de beneficios, es decir, un favor a cambio de otro:

En esta forma de poder el señor domina en la sociedad como en el ámbito doméstico; es dueño de bienes y de personas, puede decidir sobre todos ellos; a él deben rendirle pleitesía los dominados... para lograr beneficios. Esta forma de poder parece continuar entre los asesores y apoderados de estos sindicatos. Parece que ellos siguen ejerciendo su poder a la manera patriarcal-patrimonial, buscando establecer vínculos sentimentales con (los obreros), subordinándolos... en su actividad sindical y en el nivel personal (Sánchez, 2000: 308).

Ante esta reiterada práctica sindical, ante este tradicional comportamiento de las cúpulas del sindicalismo corporativo, cómo no recordar

a Marcel Mauss y su ensayo sobre el don (Godelier, 1998), sobre la doble relación social que este hecho muestra; cómo no caer en la tentación de aplicarlo al comportamiento de este líder-patriarca, de este cacique sindical que impone su poder a través de lo que dona. Largos años de manipular el imaginario obrero a través de promesas y de dádivas le enseñaron que donar obliga. Aprendió que lo que aparece como una relación de solidaridad se transforma de inmediato en una relación de superioridad. Sabe que donar, en este caso repartir migajas, no sólo se constituye en un reparto que legitima y acerca, sino que también obliga cuando el obrero que recibe el “favor” se convierte en un deudor simbólico, en alguien a quien se otorgó un don y que se encuentra moralmente obligado por ello. Es una práctica ambivalente: un acto de generosidad que al mismo tiempo se expresa como un acto de violencia, un ejercicio de poder, una práctica de dominio sobre el comportamiento.

De nuevo la presencia de lo ambivalente y lo ambiguo en la práctica social maquiladora. Otra vez el enfrentamiento entre lo viejo y lo nuevo, la reiteración del juego de identidades enmascaradas que se diluyen. Los líderes sindicales metamorfoseados en patriarcas o caciques donan bienes, a través de su funcionariado, imposibles de ser retomados (plazas, permisos, premios, prebendas, favores varios). El bien que dispensan es inalienable, no es propio de una relación mercantil. El líder o el funcionario que dona, conserva derechos que ejercerá cuando lo considere conveniente. Esta relación no se sustenta entonces en un acto de solidaridad sino en la rivalidad y el antagonismo. Se dona, dice Godelier, para humillar al otro. Se concede más de lo que se puede devolver o se devuelve más de lo donado. El objetivo: hacer casi imposible el retorno de lo donado. Se trata de situar al otro en deuda, se trata de que pierda prestigio, de afirmar la superioridad. Su objetivo real es de orden político (Godelier, 1998: 86-87). Y qué paradoja, es una relación de poder arcaica, ejercida en un espacio laboral señalado por las modernas formas de comportamiento que emergen de la filosofía de la calidad total.

Para Godelier (1998: 295) en las sociedades actuales, de modernidad tardía, regidas por el absoluto social mercado, el don ya no es un medio indispensable para producir y reproducir las estructuras básicas de la sociedad, para producir y reproducir relaciones sociales fundamentales y comunes a todos los miembros de la sociedad. En estos

tiempos, afirma, el don reduce su campo de acción a relaciones personales ubicadas más allá del mercado y el Estado. Y bueno, así es incluso en nuestras sociedades de modernidad subordinada, sin embargo, aquí el juicio no puede ser tan absoluto, si bien es cierto sería un absurdo suponer que el don es un elemento fundamental para producir y reproducir las estructuras básicas de la sociedad y las relaciones que genera, es innegable el hecho de que su influencia va más allá de las relaciones personales y, de algún modo, tiene que ver con el mercado y con el Estado.

Qué mejor ejemplo al respecto que las relaciones establecidas entre el obrero maquilador y los sindicatos corporativos, relaciones con viejos antecedentes que encuentran su origen en el tan mentado pacto movimiento obrero-Estado, inaugurado en los años treinta durante la etapa cardenista, y que en el transcurso de décadas incidió de manera importante en el funcionamiento del Estado nacionalista en México. La corrupción, el clientelismo y los compadrazgos, elementos propios de definición del sindicalismo oficial en el país, expresan en lo concreto la particular forma en que se establece la relación capital-trabajo; sin estos rasgos definitorios, es imposible entender los comportamientos del obrero mexicano, su organización sindical y su relación con el capital, marcas culturales que expresan relaciones caciquiles, patriarcales o caudillistas, donde el don juega un papel determinante. Lo más paradójico resulta del siguiente hecho: al momento en que México es obligado a aceptar las modalidades que exige una sociedad de mercado, las formas tradicionales de dominación ejercidas con éxito durante décadas, lejos de desaparecer, como indicaría una congruencia institucional con los nuevos valores propios del absoluto social mercado, se pusieron al servicio de los nuevos procesos: lo viejo y lo nuevo en una incomprensible pero efectiva alianza. El funcional pacto movimiento obrero-Estado terminó por eliminar intermediarios y se transformó en instrumento de incondicional apoyo al capital engendrado por la sociedad de libre mercado. La calidad total aceptó un extraño maridaje con arcaicas formas de dominación que, de principio, no entran en su ideario. Las figuras patriarcales, caciquiles o caudillescas se sometieron a las hasta entonces desconocidas formas de organización del trabajo y, a su manera, el sistema de dones siguió funcionando. Ya se dijo, la muestra más clara de esta situación la encontramos en el territorio maquilador fronterizo, ejemplo por demás destacado si se considera que la maquiladora tiende a convertirse en la principal actividad industrial en el país.

Y el problema resulta más complejo aún. Este vetusto estilo de control sindical rebasó los límites del sindicalismo corporativo y sus tradicionales figuras de poder individualizado, y se impuso como parte esencial de la cultura laboral mexicana. Si ya resulta un contrasentido la convivencia de la calidad total con un sindicalismo personalizado que recurre al don para hacer valer su poder, todavía más extraño resulta que los representantes del empresariado maquilador utilicen en los procesos de producción estos mismos métodos para controlar y dividir a las y los trabajadores, en especial a las primeras. Retomemos nuevamente el testimonio de una obrera:

Seguido va el supervisor y me coquetea y me dice: “tú eres la mejor trabajadora, por eso eres mi consentida”... Al rato todas están celosas porque me trata mejor a mí que a ellas, todas me dejan de hablar. Después de unos días le dice lo mismo a otra y todas se vuelven a poner celosas. Siempre estamos compitiendo por ser la mejor y la consentida. Cada día van más arregladas las muchachas, y apenas reclamamos por algo que no nos gusta y nos dicen los jefes: “discutir no es de mujeres, si se enojan se ven feas y ya no las vamos a querer” (Iglesias, 1985: 121).

Otra más platicaba:

... Muchos jefes tienen amantes ahí. Mi jefe de planta, el que autoriza los permisos para ir al Seguro Social, tiene una amante dentro de la fábrica, aunque es casado y tiene dos hijas... Es común que los jefes inviten a las muchachas a cenar, a salir por ahí y las tontas aceptan para ver qué ganan; o que no las cambien de turno, que no las corran o las suban a supervisoras (Iglesias, 1985: 122).

Dentro de las maquiladoras, explica Norma Iglesias, existen mecanismos de control ideológico, los más comunes adquieren la forma de boletines informativos que difunden la imagen empresarial del trabajo y de la relación con el capital. Uno de ellos, titulado “Carta del Jefe”, dice a la letra:

Compartimos el mismo trabajo, el mismo horario. Tenemos mucho en común: luchamos por mejores condiciones de vida para nuestros seres queridos y mediante el trabajo queremos alcanzar para ellos todo lo bueno que en nuestra infancia recibimos o bien no recibimos. Otra razón para estimarte sinceramente es que dependemos uno del otro. El ser tu jefe no significa otra cosa sino un poco de

responsabilidad sobre lo que tú haces... si tú lo haces bien, mi responsabilidad estará cumplida; si lo haces mal ambos fallaremos y yo me veré obligado, precisamente a poner remedio. Soy tu jefe pero también tu amigo... Te estima, tu jefe (Iglesias, 1985: 125).

Por otro lado, un letrero, estratégicamente repartido en la planta, rezaba: "Todos somos una gran familia, unámonos en seguridad, orden y limpieza", y así, de muy diversas formas, cotidianamente se bombardea a obreras y obreros con una intención central: pulverizar cualquier comportamiento destinado a la creación de una conciencia colectiva que impida el avance de los procesos de individualización expresados en el sagrado principio de competencia.

Dentro de las maquiladoras se difunde una ideología que actualiza los valores y los roles femeninos en beneficio de la actividad productiva. Se administra, dice Norma Iglesias, una versión de la liberación de la mujer: "aquella mujer trabajadora, eficaz, resistente, independiente y, sobre todo, con aspiraciones en la vida. Esta es la mujer que las fábricas necesitan" (Iglesias, 1985: 127).

Comparecen nuevamente a nuestro análisis las figuras de la ambivalencia y la ambigüedad. Se hacen explícitas también con estos ejemplos algunas de las características esenciales que determinan a una sociedad de modernidad subordinada y se transparenta, asimismo, el hecho de que, ambivalencias, ambigüedades y expresiones culturales de modernidad subordinada nos hablan de identidades obreras en tránsito, identidades difusas que, lejos de delimitar nuevos perfiles, parecen encauzarse más bien a su negación.

Por supuesto, no se puede dejar en este nivel la reflexión. Resulta incompleta. Se debe intentar aclarar qué permite que diversos colectivos obreros ubicados en el territorio maquilador fronterizo acepten este tipo de relaciones de viejo cuño en un entorno de modernidad laboral. Pienso que algún tipo de respuesta interesante se puede encontrar rastreando las propiedades que definen la composición social de este conglomerado obrero. En 1985, Jorge Carrillo y Alberto Hernández elaboraron un perfil socioeconómico de la mujer obrera en la industria maquiladora de Ciudad Juárez. Aseguran que, después de 15 años de operación en México, no han existido cambios substanciales en la política del empleo, en especial a lo que se refiere a la composición de género. La media entre los años 1975-1981, y que aseguran bien podría representar 14 años partiendo de mediados de los años

setenta, había sido por lo menos de 78% de mano de obra femenina. Los argumentos de los empresarios acerca de este fenómeno son diversos, además de lo barato de su fuerza de trabajo:

...gerentes, administradores y jefes de personal en las plantas maquiladoras juarenses manifestaron, en diversas entrevistas, que preferían personal femenino por su habilidad y paciencia, ya que las mujeres realizan su trabajo con mayor precisión que los hombres, y porque son capaces de durar más tiempo sentadas en un lugar haciendo la misma tarea durante la jornada laboral... (Carrillo y Hernández, 1985: 123).

Las mujeres somos más responsables, asegura una obrera al ser entrevistada:

El trabajo en las maquiladoras es pesado, pero no se necesita fuerza, más bien es un trabajo fácil que pronto se aprende a hacer. Es trabajo fácil como para mujeres. Nosotras tenemos más seriedad en el trabajo, somos más responsables y por eso es que en las maquiladoras quieren solamente mujeres. En ocasiones han contratado hombres para esos trabajos, pero no han podido desempeñarlos porque son muy pesados y sus manos son muy toscas... La mujer es más activa y los hombres son más lentos... Las mujeres somos menos problemáticas que los hombres, somos más responsables, nos pesa perder el trabajo, en cambio a ellos les importa poco. Si un día están crudos, pues con la mano en la cintura dejan de ir a trabajar. Nosotras no somos tan viciosas y las que lo son no faltan tan fácilmente, aunque sea crudas van a trabajar. Algunas compañeras dicen que contratan mujeres porque somos curiositas y bien hechas. Puede ser. Los supervisores nos comentan que prefieren mujeres porque somos delicadas y pacientes. Sin paciencia y tranquilidad no se puede hacer el trabajo, nos dicen a diario para que no nos desesperemos y continuemos haciendo lo mismo de siempre (Iglesias, 1985: 64).

A esta fuerza de trabajo femenina los autores le dibujan un perfil determinado que puede hacerse extensivo, en lo general, a todas las trabajadoras maquiladoras fronterizas: su juventud (76% entre los 16 y los 24 años), su estado civil (60% solteras), su escolaridad (casi la totalidad tiene primaria y más de 50% secundaria), experiencia laboral (casi 70% reportó la maquila como su primera relación formal de trabajo), jornada de trabajo (entre 8 y 9 horas 5 días a la semana, labores monótonas y repetitivas y en creciente intensidad basada en los crecientes estándares de rendimiento establecidos), salario (el salario mínimo es lo máximo que se les paga, no se les hace valer antigüedad

ni calificación adquirida, los ascensos e incrementos salariales son otorgados a los varones, se reproduce un sistema sexista), seguridad industrial (grave deterioro de la salud de las obreras). Respecto a los lugares de los que migran las mujeres maquiladoras en Juárez, según la encuesta de Carrillo y Hernández, poco más de la mitad procedían del mismo estado de Chihuahua, de Durango, Coahuila y Zacatecas, y nos informan también de la procedencia de esta población femenina en las otras dos ciudades que concentran, junto con Juárez, la mayoría de trabajadoras fronterizas: en Tijuana, señala que la inmigración se genera en Jalisco, Sinaloa, Michoacán, Guanajuato y Sonora; y en el caso de Matamoros, en Tamaulipas, Nuevo León y San Luis Potosí (Carrillo y Hernández, 1985: 103-138).

Es importante la consideración que estos investigadores hacen en relación con el origen laboral de las trabajadoras en cuanto familia:

Al nacer la obrera el porcentaje de padres que trabajaban en la agricultura era mayoritario (40 por ciento), mientras que en el momento de entrar a trabajar a las maquiladoras sus ocupaciones se habían diversificado y terciarizado; la principal era el campo de los servicios y, en menor medida, el trabajo industrial (15 por ciento) y agrícola (13 por ciento). Diez por ciento estaba desempleado o subempleado. Aquí se habla solamente de aquellos hogares donde el padre aún permanece junto a la familia, pues 40% de las entrevistadas no cuentan con él, ya sea porque murió o porque abandonó a la familia (Carrillo y Hernández, 1985: 119).

Si revisamos esta información 20 años después, advertimos que el perfil de las trabajadoras maquiladoras no ha cambiado en lo substancial. Algunas modificaciones significativas en cuanto a la procedencia de las trabajadoras y trabajadores de la maquila: además de los estados antes citados, habría que agregar ahora a los estados de Puebla, Veracruz, Aguascalientes y al Distrito Federal. Por otro lado, sobresale el hecho de que para el año 2000 el sector maquilador sigue siendo un espacio productivo determinante para el inicio de la vida laboral, en especial de las mujeres. La mayoría de trabajadoras y trabajadores de la maquila en la frontera norte (60.5%), seguían teniendo como primera actividad laboral la industria maquiladora; 31.6% provenía de actividades comerciales y de servicios,⁷ y sólo 2.6% del

⁷ Hay que tener cuidado cuando se habla del empleo de origen de las trabajadoras y trabajadores en el sector comercio y de servicios. La referencia concreta es, por lo general, microesta-

sector primario. Por lo demás, se continúa reproduciendo el mismo sistema sexista con que inició esta industria, sobre todo en cuanto a incrementos salariales, prestaciones y valorización de la calificación profesional (de la O, 1999: 27-62).

Con estos datos puede observarse que, del total de trabajadores en las ciudades de Tijuana y Matamoros, 37.6% de la primera y 42.6% de la segunda, se ubicaban en la industria maquiladora de exportación con las siguientes características: para Tijuana, 47.2% eran mujeres, 51.5% tenían una edad de 24 años o menos, 34.4% concluyó la educación primaria y 41.8% la secundaria; en cuanto a Matamoros, 64.8% eran mujeres, 42.2% con una edad que fluctuaba entre los 25 y los 39 años, 45.5% terminó la educación primaria y 31.4% la secundaria. Es interesante hacer notar que en los dos casos, son bajos los porcentajes de trabajadores con más de 40 años de edad: para Tijuana 11.2% y para Matamoros 15.9% (de la O, 1999: 11-12):

Si se analizan las trayectorias de los sujetos según su primer empleo, se podrá observar que la primera actividad la tuvieron en la industria maquiladora (60.5%), seguida de las actividades comerciales y de servicios (31.6%) y, por último, las actividades en el sector primario (2.6%). Este mismo dato según el sexo indica que la mayoría de las mujeres tuvieron su primera experiencia laboral en las maquiladoras (78.9%) y, en contraste, los hombres iniciaron su actividad laboral tanto en el sector terciario (47.4%) como en la maquila (42.1%). En este sentido, el sector maquilador se torna en un segmento importante para el inicio de la vida laboral, especialmente para las mujeres... La [trascendencia] de las maquiladoras en la trayectoria laboral de los sujetos también se refleja en el número de empleos promedio. En general, los sujetos tuvieron casi 4 empleos en promedio: 2.2 de éstos correspondieron a actividades en las maquiladoras y 1.2 a otros sectores de la actividad (económica) (de la O, 1999: 14).

Resulta interesante también, advertir en qué periodo de tiempo los trabajadores ingresaron a su primer empleo en la maquila. De acuerdo con los datos de María Eugenia de la O, en Tijuana, 67.7% de los trabajadores ingresaron a ella en el lapso 1989-1993; en Ciudad Juárez, 47.3%, y en Matamoros 36.3% en el mismo tiempo. Por otro lado, es igualmente pertinente resaltar las diferentes trayectorias

blecimientos donde, de manera frecuente, predomina el trabajo familiar y no es muy común que se instituyan relaciones formales de trabajo.

laborales que manifiestan los trabajadores de la maquila. En Tijuana, 56.7% de ellos han tenido su única experiencia laboral en la maquila, en Ciudad Juárez 50% y en Matamoros, 74.1%; y si se observa este comportamiento desde la perspectiva del trabajo femenino, los porcentajes suben considerablemente: 70.3%, 71.3% y 82% respectivamente. Estos datos se confirman cuando se advierte que, en Tijuana, 34.6% de trabajadores de la maquila han tenido un solo empleo y, en Ciudad Juárez, 45.7%; proporción que se incrementa al centrarse en el trabajo femenino: 43.3% y 57.3% respectivamente (de la O, 1999: 16-17).

Por lo que toca a los procesos de sindicalización, dice María Eugenia de la O que para fines de la década de los ochenta el movimiento sindical estaba agotado, lo que se reflejó en la disminución de nuevos contratos colectivos.

La década de los noventa marcaría el declive del sindicalismo en las maquiladoras, de tal forma que de 429 mil trabajadores empleados en la maquila en 1991, sólo 20% de ellos se encontraba afiliado a un sindicato y contaba con un contrato colectivo de trabajo que regulaba sus salarios, prestaciones y estabilidad. . . Actualmente predominan los contratos de trabajo individuales que pueden ser temporales o fijos según el desempeño en el trabajo; por lo general, las empresas contratan a prueba a los trabajadores durante los primeros 30 días y después se da la posibilidad de ascender a otra categoría. En estos contratos se especifican brevemente las condiciones generales de trabajo establecidas por la Ley Federal del Trabajo (de la O, 1999: 9).⁸

Lo anterior indica que, como tendencia, el proceso de sindicalización en la industria maquiladora fronteriza comienza a ser negativo. Me refiero tanto al sindicalismo corporativo, hoy hegemónico, como a cualquier otra forma de organización de los asalariados. El rumbo de las relaciones capital-trabajo en esta especialidad productiva apunta hacia formas de contratación individuales, más acordes con las necesidades del empresario maquilador. Fenómeno que, de momento, no le resta importancia a la influencia que el sindicalismo cor-

⁸ Cabría hacer algunas precisiones a lo expresado en esta cita, en el mismo artículo, en la nota núm. 8, se dice que, en 1991, la CTM agrupaba al total de los trabajadores maquiladores de Matamoros; por otro lado, en Sergio Guadalupe Sánchez Díaz (2000: 315), se encuentra en el Anexo 1 que, para 1990, en Ciudad Juárez estaban registrados 26,084 obreros y obreras maquiladoras, de los cuales, 18,453 estaban sindicalizados, es decir, cerca de 30% no pertenecía a ninguna organización, de donde se supone que más de 7,500 obreros establecían relaciones individuales con las empresas maquiladoras; de ser cierto lo anterior, el deterioro sindical se observa, casi en su totalidad, en la ciudad de Tijuana.

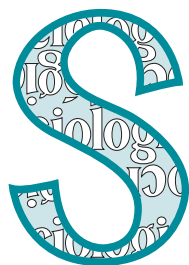
porativo de corte patriarcal sigue teniendo en este tipo de relaciones, sobre todo en las zonas maquiladoras de Ciudad Juárez y Matamoros, donde sigue determinando el comportamiento —o la inmovilidad— del obrero maquilador. De alguna manera, esta modalidad de organización y control sobre la fuerza de trabajo continúa siendo funcional para este sector protegido del capital trasnacional, sobre todo en un entorno donde es fuerte la presión de organizaciones civiles que podrían influir sobre el comportamiento de todos aquellos trabajadores tocados por los procesos de individualización laboral.

Nos encontramos entonces con una fuerza de trabajo mayoritariamente femenina, joven, con baja escolaridad, laboralmente iniciada en la industria maquiladora (alrededor de 50% entre 1989 y 1993), proveniente de los estados de Chihuahua, Coahuila, Puebla, Durango, Veracruz, Distrito Federal, Zacatecas y Aguascalientes, entre los más importantes y, en lo general, de origen urbano (sólo 2.6% había salido del sector primario). En suma, un proletariado joven, sin tradición obrera, sin experiencia sindical y en estado de sobrevivencia. Un proletariado que de golpe se hace obrero de los círculos de calidad y, simultáneamente, rehén del sindicato corporativo tradicional. Un trabajador enredado en formas de control patrimoniales, sujeto a la caprichosa decisión de caciques sindicales y funcionarios corporativos que establecen formas clientelares de relación. Un obrero maquilador que formalmente inmerso en la globalidad laboral acepta, por fuerza, una arcaica estructura de privilegios que funcionan como dones que someten, que obligan. Una añeja relación social que legitima la dominación patriarcal y justifica la relación con el empresario maquilador. En suma: un obrero que, en un mismo proceso, pierde sus identidades originales, no crea condiciones para generar otras nuevas, y sus particulares relaciones de alteridad lo conducen a algo parecido a una no identidad.

A los patriarcas sindicales y a su funcionariado se les repudia, se les tiene recelo, causan desasosiego y producen desconfianza, pero simultáneamente se les solicita, se busca su atención y, en no pocos casos, se persigue su favor. Es un ser mitificado al que se le atribuyen capacidades prodigiosas. En el imaginario son representados como poseedores del conocimiento que explica su mundo, como los únicos seres capaces de resolver los problemas que amenazan su universo laboral, *son los herederos de aquellos que vienen desde el principio*. Son parte importante del ritual laboral que cotidianamente se escenifica en los recintos maquiladores.

CONCLUSIONES

No se agota con este artículo la reflexión sobre la identidad difusa del obrero maquilador fronterizo. No obstante, me parece haber dejado en claro la escasa utilidad de las tradicionales concepciones sobre construcción de identidades sociales cuando se confrontan con las nuevas realidades elaboradas desde la modernidad tardía; especialmente, dentro de los híbridos socioculturales engendrados por las sociedades de modernidad subordinada, lugar donde se ubica el territorio simbólico que acoge al obrero maquilador fronterizo. La usual noción de identidad ya no nos sirve para dar cuenta de su presencia en el espacio culturalmente ocupado por la industria maquiladora en la frontera norte de México; en este espacio achicado y en este tiempo del presente alargado, donde lo viejo y lo nuevo, en su coexistencia cotidiana, crean espacios sociales definidos por su indefinición, se desdibuja el antiguo principio filosófico de identidad sustentado en la unión del sujeto y el predicado. Si durante largos siglos se pensó que lo mismo es siempre lo mismo, que lo que es, es, y que es imposible pensar que una cosa sea y no sea a la vez (Xirau, 2001: 12, véase “El principio de identidad”). Para el caso que aquí se muestra, la ambigüedad y la ambivalencia en el juego de las identidades se presentan como elementos distintivos de un fenómeno común. El obrero maquilador, es una y otra cosa y, simultáneamente, no es ni lo uno ni lo otro. El problema de la identidad exige ser pensado de otra manera menos absoluta, más fluctuante, difusa, oportunista, frágil. El problema de la identidad debe ser reflexionado desde los fenómenos de la no identidad.



BIBLIOGRAFÍA

- Alfie, M. y L. H. Méndez
1998 *Maquila y movimientos ambientalistas. Examen de un riesgo compartido*, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-Eón Editores (Libros de El Cotidiano), México.
- Arenal, S.
1986 *Sangre joven. Las maquiladoras por dentro*, Editorial Nuestro Tiempo, México.
- Augé, M.
1996 *El sentido de los otros*, Paidós, Barcelona.
2000 *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona.
- Bartolomé, M. A.
1997 *Gente de costumbre y gente de razón*, Siglo XXI Editores-Instituto Nacional Indigenista, México.
- Bartolomé, M. A. y A. M. Barabas
1998 *La pluralidad en peligro*, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Instituto Nacional Indigenista, México.
- Beck, U.
1998 *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona.
- Bourdieu, P.
1991 *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
- Carrillo, J. y A. Hernández
1985 *Mujeres fronterizas en la industria maquiladora*, Secretaría de Educación Pública-Colegio de la Frontera Norte, México.
- Cassirer, E.
1992 *Antropología filosófica*, Fondo de Cultura Económica, México.
- De la O, María Eugenia
1999 "Trayectorias laborales en obreros de la industria maquiladora en la frontera norte de México: un recuento para los años 90", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 63, núm. 2, abril-junio.
- Geertz, C.
1989 *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
1994 *Conocimiento local*, Paidós, Barcelona.
- Giddens, A.
1987 *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Gilly, A.
1981 "La mano rebelde del trabajo", en *Revista Coyoacan*, núm. 13, julio-septiembre.

- Godelier, M.
1998 *El enigma del don*, Paidós, Barcelona.
- Hallpike, C. R.
1979 *Fundamentos del pensamiento primitivo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Heller, A.
1998 *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona.
- Iglesias, N.
1985 *La flor más bella de la maquiladora*, Secretaría de Educación Pública-Cepnomex, México.
- León, E.
1999 *Usos y discursos teóricos sobre la vida cotidiana*, Anthropos, México.
- Méndez, L.
2003 *Modernidad subordinada, ritos de paso truncos e identidades difusas en el territorio simbólico maquilador fronterizo*, tesis doctoral, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Moreno, I.
1988 “¿Proceso de secularización o pluralidad de sacralidades en el mundo contemporáneo?”, en Arnaldo Nesti, coord., *Potenza e Impotenza della Memoria. Scritti in Onore di Vittorio Dini*, Tibergraph Editrice, Italia.
- Quintero, C.
1990 *La sindicalización en las maquiladoras tijuánenses, 1970-1988*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Raffestin, C.
1980 *Pour une géographie du pouvoir*, LITEC, París.
- Sánchez, S.
2000 *Del nuevo sindicalismo maquilador en la ciudad de Chihuahua. Un ensayo sobre el poder entre la nueva clase obrera*, SERP, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Turner, V.
1980 *La selva de los símbolos*, Siglo XXI editores, México.
- Xirau, J.
2001 *Escritos sobre historia de la filosofía*, Obras Completas III, vol. 1, Libros, Caja Madrid Fundación-Anthropos, Madrid.